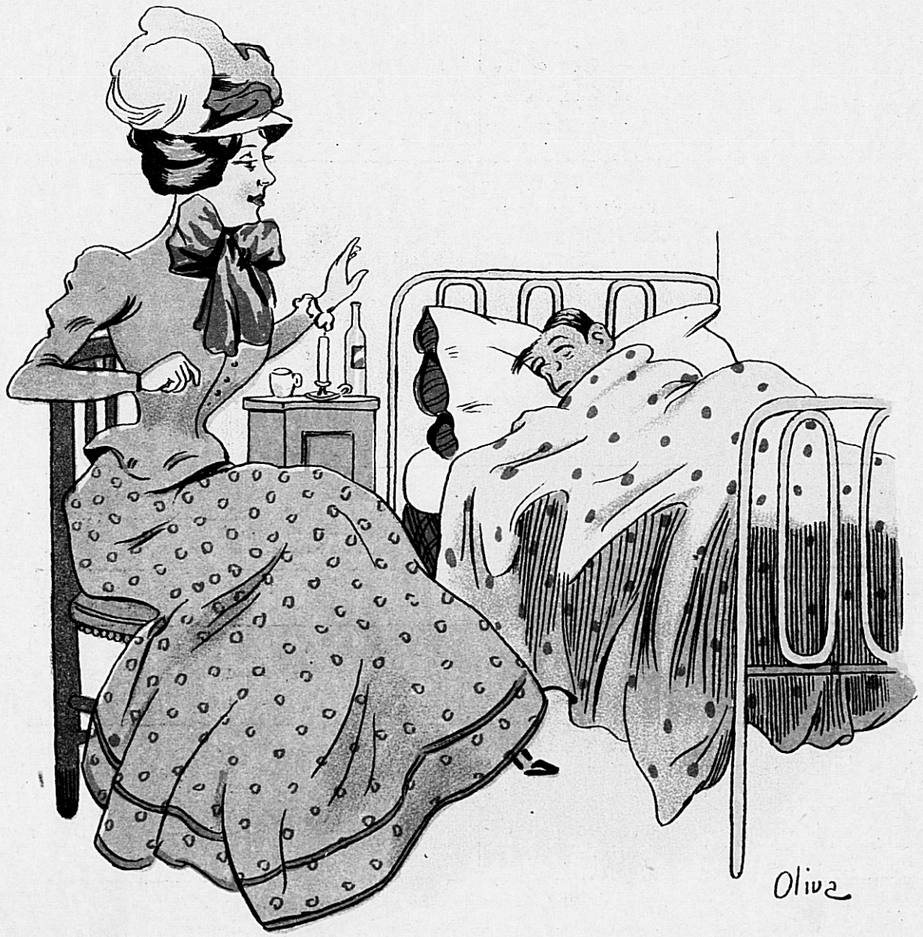


—¡Quién te ha visto y te ve buen Doroteo!
—Lo mismo digo yo cuando te veo.

699

LA SAETA

6 OCT. 1973



20 ctms

MISCELÁNEA

KIOSCO LA SAETA NÚM. 3

RAMBLA DEL CENTRO

La señora propietaria del mismo, además de LA SAETA, tiene á su cargo la corresponsalía de los siguientes periódicos de Madrid:

Heraldo, Heraldo Taurino, El Tío Tindama, La Caza Ilustrada, y *Correo de Valencia, Heraldo de La Rioja, Heraldo de Aragón* y *Madriles.*

En este kiosco recibirán los señores compradores un cupón por cada cinco céntimos de gasto, con opción á diferentes regalos de libros.

Un polizonte detiene á un bohemio.

Al ser llevado á la prevención, protesta enérgicamente, declarando ilegal su captura.

—¿Por qué ilegal?—le pregunta el comisario.

—Por violación de domicilio.

—¡Cómo! ¿No le han cogido á usted en medio de la calle?

—Pues por eso mismo: en donde yo vivo.

Entre dos militares:

—¿Has visto qué inteligencia tiene el perro del capitán González? Días atrás en el cuartel se encontró nuestro compañero sin el cinturón, y, á una señal, el perro corrió á buscárselo á su casa.

—Sí; por cierto que yo lo ví introducir la llave en la cerradura.

En un sermón de misión que se predicaba en una aldea, lloraban todos los fieles, menos uno.

Preguntáronle por qué no lloraba, como los demás, y respondió:

—Porque no soy de esta parroquia.

Entre una señora y la criada nueva que le acaba de llegar del campo.

—Supongo que habrás renovado el agua de la pecera.

—No, señora. Todavía los peces no se han bebido la que tienen.

Un campesino, receloso, pide en el Banco la devolución del dinero que tiene en depósito.

Cuando se lo ponen delante, lo cuenta, y en vez de guardarlo, dice al cajero:

—Ahora puede usted volverlo á donde estaba. Sólo quería cerciorarme de que no había corrido borrasca.

Charadas

I

En la *dos-tercia* de *prima-dos-tercera, dos-segunda;*
y las *prima-dos-tres-cuarta*
por lo *tres-cuatro* me gustan.

LUIS FACIO

II

Prima-cuarta fué mi *todo,*
porque la adquirí de plata,
y la regalé á *segunda,*
que es algo prima de Maura
(según me dijo, y lo creo,
porque desciende de Palma).
Tres ha tomado conmigo,
que es para mí *cuarta-cuarta*
cosa, pues me gusta siempre
prima-dos hecho en mi casa;
pero *dos* es muy bonita,
y ¿quién se niega á las damas?
Cumplí como un caballero,
y me sirvió de charada
la *todo,* que, como dije,
fué *una-cuarta* y fué de plata.

MORENO

Triángulo

* * * * * Nombre de mujer
* * * * Idem
* * * Signo del Zodíaco
* * En la baraja
* Consonante

A. MÁIQUEZ

Jeroglífico comprimido

O	DIOS

R. CONDE

Soluciones á lo insertado en el núm. 698

CHARADA.—Zamora.

TERCETO SILÁBICO.

ZA PA TO
PA LO MA
TO MA SA

JEROGLÍFICO.—Par-a-dos-per-d-i-c-es-dos.

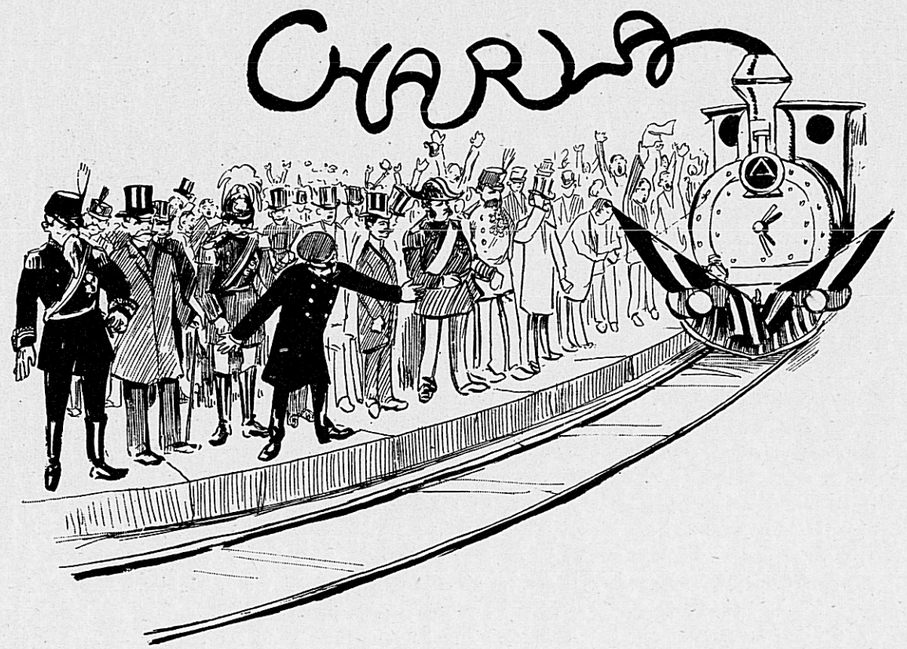
FUGA DE VOCALES:

Como la Virgen, lloraba;
como la Virgen, no tuvo
quién enjugase sus lágrimas.

ADICIÓN Y COMBINACIÓN.—Rafaela.

AÑO XV BARCELONA 14 DE ABRIL DE 1904 NÚM. 699

CHARLA



ENTRE los forasteros que hemos tenido en Barcelona con objeto de presenciar las fiestas que han pasado, figura el señor Quimet y su esposa Blasa, naturales ambos de un pueblo de la provincia de Lérida. Lo primero que les llamó la atención fué el arco de triunfo del marqués de Comillas. Allí hicieron punto ó alto, que es lo mismo, y se estuvieron, con la boca abierta, lo menos tres cuartos de hora.

La llegada del tren real no pudieron verla, porque á la señora Blasa no le agradaba meterse en apreturas; pero Quimet la puso al tanto de lo que era aquello, y se quedó tan satisfecha.

También pudieron admirar el fuerte de los sacos, de la plaza de Cataluña, y la estatua de Colón adornada con guirnaldas incandescentes, y la casa Girona y otras muchas iluminaciones dignas de elogio. El señor Quimet y su consorte no han tenido ni un minuto de reposo.

Han visitado el Parque, la Plaza de Toros, el muelle y los cinematógrafos del Paralelo.

Esto ha sido lo que más han admirado los esposos de Lérida.

Porque es lo que decía la señora Blasa:

—Mira, Quimet, por diez céntimos no se puede ver más.

—Ni menos,—añadió el marido, bramando como un toro.

—¿Pero qué te pasa, Quimet?

—¡Una friolera! ¡Que me han sacado del bolsillo la cartera con todo lo que tenía!...

Aquí la pobre Blasa lanzó un gemido, se llevó las manos á las sienes y se desmayó encima de un puesto de buñuelos.

Cuando estuvo en disposición de andar se dirigieron á la casa de unos amigos, donde, después de contar el caso, pidieron algún dinero para pagar la fonda y volverse al pueblo.

Pero los amigos se hicieron los sordos, y los infelices forasteros se encontraron de nuevo en la calle, más afligidos que antes.

—Oye, Quimet: ¿sabes lo que podíamos hacer ahora mismo?—exclamó la señora Blasa con decisión.

—¿Tirarnos al mar?

—No, hombre. Contarle lo que nos pasa al señor obispo, y puede que nos diese algo.

—¡De ningún modo,—gritó el marido, acordándose que era librepensador.

—Pues entonces, me parece que nos tendremos que volver á pata.

—No pienso cansarme.

—¿Entonces, qué hacemos?

—Lo que han hecho conmigo. Ya verás, al primero que *se ponga á tiro, le quito el porta*-monedas ó lo que pille.

—¡Quimet, por Dios!



En este momento llegaban al Paseo de Gracia, que estaba animadísimo.

El matrimonio se metió entre un apiñado grupo, y cuando el marido trataba de reconocer un bolsillo ajeno, se vió sorprendido por una mano fuerte que le sujetaba de un modo brutal.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón!—gritaron muchos.

Y el desdichado Quimet se vió acometido por una pareja de la autoridad, que le condujo á la cárcel, sin escuchar los lamentos de la señora Blasa, que no cesaba de chillar:

—Mi marido no es ladrón; á él le han *robado antes. Yo soy inocente y él también.*

Pero no hubo tu tía.

Quimet se pasó en chirona tres días como tres soles.

Y gracias que la desolada Blasa tuvo la feliz idea de escribir al pueblo, de donde les mandaron lo suficiente para el regreso; y ya están en su casa los viajeros.

¡Ah! Se *me había olvidado decirles que el señor Quimet* tiene tienda de comestibles.

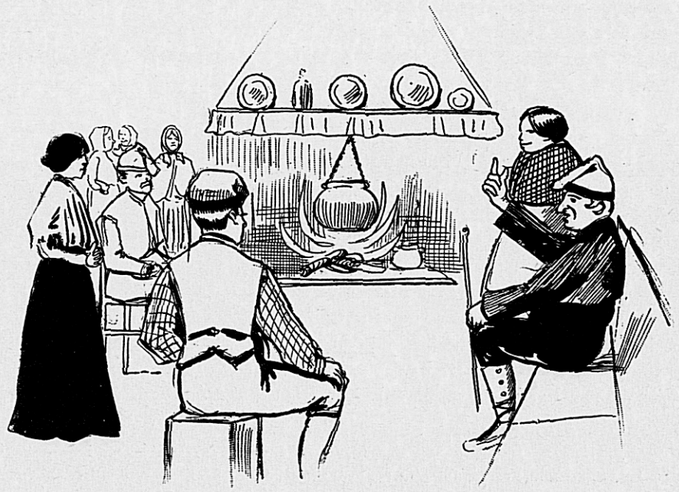
Pues bien; todas las noches se reunen en la cocina los parientes y amigos más allegados, los cuales saborean con delicia las peregrinas ocurrencias del matrimonio durante su estancia en Barcelona.

Por cierto que la mujer del maestro de escuela le preguntó al señor Quimet noches pasadas:

—Diga usted, señor Quimet: ¿en qué consiste que desde que han vuelto ustedes del viaje me entran menos judías en medio kilo?

—Pues consiste en lo del robo de la cartera y en la *nivelación social,—contestó el aludido* sentenciosamente.

JOAQUÍN ARQUES



APUNTES COMICOS, *por Olivieri*



Mujeres que matan



Las que empiezan así, acaban con perrito; para perpetuar la memoria del que fué



Cosas de la vida

PAULA y Jacobo se consideraban los dos seres más felices del mundo.

Se conocieron, se amaron y desde aquel instante sólo vivían el uno para el otro, prodigándose los cuidados más tiernos, las más dulces expresiones del hondo afecto que sentían, con solicitud verdaderamente fraternal.

Ella era una muchacha de dieciocho abriles, buena moza, rubia y cándida; él era un joven no mal parecido, que frisaba en los veinte y tenía cierto *gancho* para las mujeres, que le daba fama de irresistible.

No sé cómo, ni de qué martingala se valdría Jacobo para seducir á la incauta doncella; el caso es que cuando presento á mis lectoras esa pareja de tórtolos enamorados, hace tiempo ya que viven en casto amor y compañía, sin que nadie bendijera la unión, á la cual no precedió ninguna ceremonia de las consagradas por leyes y ritos para formar un matrimonio según costumbre.

Los jóvenes amantes, respetados y queridos por cuantos los conocían y trataban, jamás dieron motivo á que la vecindad murmurase de ellos, pues Paula pudiera pasar como un modelo de mujer honestas, trabajadoras, limpias y hacendosas, y Jacobo, no le iba en zaga al hombre más preciado de formal, laborioso y circunspecto.

Eso, unido á que mutuamente se adoraban, hacía que la existencia para ellos se deslizase plácida y risueña como un idilio.

Paula, cuidando la casa y administrando con honrada seriedad los escasos haberes de que disponía, y Jacobo, aplicado con singular perseverancia en su oficio de cajista, sin vicios que le degradasen, ni locas ambiciones cuya imposible realización le causara pesadumbre, hubieran pasado por dechado de matrimonios, más serio y venturoso que muchos legítimos y formados con todos los requisitos habidos y por haber. Los días de fiesta, juntos iban por las tardes á pasear en demanda de higiénico ejercicio y aire sano para sus pulmones, provistos de merienda, que saboreaban en el campo con ese íntimo placer de dos almas enamoradas, para quienes el mundo es un valle de delicias quintaesenciadas por un cariño profundo y desinteresado.

Transcurrido así poco más de un año, los amantes vieron colmada su felicidad con el nacimiento de un niño, cuya presencia en el hogar afianzó los tiernos vínculos que á sus padres unieran.

A los pocos meses, el chiquitín de la casa constituía, por lo guapo y lo sanote, el embeleso de Paula y Jacobo, que sentíanse orgullosos de ser los procreadores de tan hermoso vástago.

Amigos, parientes y vecinos creyeron llegado el momento de aconsejar á los amantes que legitimaran la existencia de aquel ángel, exponiendo cada cual sus razones encaminadas á convencerles de que no debían continuar como hasta entonces, siquiera porque *el día de mañana* el muchacho no tuviera que avergonzarse de su origen. A consecuencia de tales consejos y prevenciones, en cierta ocasión Paula y Jacobo sostuvieron este diálogo:

—¿Sabes lo que he pensado?—interrogó el joven á su amada.

—Cuando lo digas lo sabré.

—¿Quieres que nos casemos?

—¿De veras?—interrogó Paula á su vez sin atreverse á dar crédito á la proposición de su bien amado.

—Tenemos un hijo y es necesario atender á su porvenir.

—Muchas veces he meditado en lo que ahora me propones, pero siempre creí que no era yo la llamada á insinuarlo.

—¡Qué buena eres!...

Y así exclamando, Jacobo se limpió con el dorso de la mano una lágrima que pugnaba por saltar de sus ojos, á la vez que imprimía un ósculo apasionado en el rostro de su adorada.

—¿Has calculado bien las ventajas é inconvenientes que puede tener para ti el nuevo estado?

—¡Ya lo creo!

—Oye, Jacobo: yo no quiero hacerme ni que te hagas ilusiones. La desgracia, el cariño que puse en ti desde que me hablaste, quizás una ligereza censurable en toda joven que se precie de ser honrada, me pusieron en tus brazos rindiéndote á discreción lo que debí conservar y defender como tesoro valioso de inapreciable cuantía; tú has sido bueno para mí, yo he correspondido amante y agradecida, sin dar motivo alguno de queja por mi conducta. Me quieres de corazón y te quiero con toda mi alma, pero...

—No entiendo lo que dices, ni á dónde vas por ese camino,—interrumpió Jacobo un tantico amostazado.

—Ten calma y escucha: ¿puedes afirmar que viviremos siempre tan en paz y en gracia de Dios como ahora? ¿No te arrepentirás algún día de lo que hoy deseas?

—¡Nunca, te lo prometo!

—Los hombres, aun los más sinceros y constantes, tienen sus caprichos y, ¿quién sabe? Quizás muy pronto resultaría para ti insoportable la carga que pretendes echar sobre tus hombros.

—Es decir, que no accedes á que nuestro hijo lleve un apellido legítimo y honrado.

—¿Pues que más puedo yo ambicionar en este mundo? No me conoces, Jacobo; con estas reflexiones sólo procuro presentar á tiempo lo que mañana no tendría remedio, para que perseveres en tu fe, ó desistas del propósito si no te sientes con fuerzas en previsión de los obstáculos que hayas de vencer. En esta situación, si mañana te cansa mi compañía, la dejas y en paz; casados ya, no podrás librarte de mí tan fácilmente.

—¿Y quién te ha dicho que yo me canse de ti?

—Se dan casos. Pero esto no es decir que yo rechace lo que tú quieres, pues debo aceptarlo con alma y vida por la propia estimación y el nombre de nuestro hijo; después de todo, él y yo somos los que más ganamos en la realización de tu proyecto. Le amo tanto, que me



Noche de luna

mataría un desengaño y no quiero que sospeches de mí que por egoísmo, acceda, sin reflexión, á tus nobles deseos... En todo caso, tu voluntad es la mía: manda y obedeceré.

El día siguiente al en que sostuvieron esa conversación, Jacobo dió principio á las diligencias indispensables para realizar el casamiento, el que se celebró sin pompas ni ruidos que, por las circunstancias anormales que en el acto concurrían, hubieron de suprimirse.

. . . . . .

Cuatro días después de legitimada la unión en forma, los vecinos de la casa conyugal oyeron grave tumulto de golpes y palabrotas en la habitación ocupada por el nuevo matrimonio.

—¡Socorro! ¡Que me mata!—gritaba Paula con acentos angustiosos.

Todos acudieron escandalizados.

Jacobo, por motivos que se ignoran, acababa de propinar una paliza á su mujer.

Lo que nunca hizo el amante, hubo de hacerlo el marido.

¡Cosas de la vida!

LUIS FALCATO



Una sorpresa amable

Con envidia miraba yo á mi buen amigo el señor Rodríguez. Le envidiaba porque era esposo de una mujer hermosísima, de la más agradable mujer que han visto ojos humanos. Por eso le tenía envidia. Por eso decía yo entre dientes siempre que veía junto al matrimonio:

—¿Quién gozara la suerte de ese tío feo?

Pero tenía que conformarme con la amistad cariñosa que ambos me profesaban. Debía contentarme con sólo ver un cuerpo enloquecedor. Con sólo verle, por desdicha. Debía respetar una cara de virgen coloreada con el matiz de la cereza; debía respetar igualmente un pelo rubio como el sol y como el sol brillante; y una boca fresca y rojá como flor roja naciente; y un pecho blanco como el manto de una virgen; y unas caderas poderosas, de gracioso movimiento, de vaivén amable... Prendas todas de la enloquecedora Carmen, la esposa del señor Rodríguez.

Sí; debía contentarme con sólo ver, que lo exigían la honradez y seriedad de aquel matrimonio respetable y envidiado.

El era hombre de aspecto grave y digno, de costumbres metódicas y serias. Ella era tan buena esposa como digna, tan honesta como angelical. Al menos, así lo pregonaban todos aquellos que los conocían.

A mí me querían mucho y me trataban con verdadera confianza. No es extraño, pues, que alguna noche, al ocupar el asiento que me estaba reservado en su casa, me dijera el señor Rodríguez.

—Celebro que vengas,—me tuteaba á causa de mi mucha juventud y de conocerme ya hacía algún tiempo;—porque, si no tienes prisa, acompañarás á Carmen mientras yo vuelvo. Y se iba.

Yo, como todos los jóvenes, necesitaba consejos, expansión, confianza, y como hallaba cariño en aquel matrimonio, en él confiaba y á él participaba mis pesares y mis alegrías, mis proyectos y mis ilusiones.

Una noche hacía yo conocer á Carmen cierta aventurilla chisporroteante, llevada á cabo entre cierta muchacha presumida y yo.

—Créame usted, Carmen; no es mía la culpa de lo ocurrido. Esa niña, como ya le he dicho, presumía de fortaleza inexpugnable y he querido demostrarle lo contrario. En ella estaba el resistir mis ataques, que los hombres nada perdemos. Y, sobre todo, sabido es que si nosotros hallamos duro el terreno, huímos de él; pero si está blandito, le pisamos sin miramientos.

—¿Y yo estoy blanda ó dura?—me soltó Carmen á boca de jarro, dejándome lelo de sorpresa, de placer y de incertidumbre.

Aquellas palabras me produjeron un efecto desconocido hasta entonces en mí. Me rehice rápidamente de la sorpresa, lancé un grito ahogado y me arrojé audaz, con ansia loca, al cuello de nieve de la enloquecedora mujer, dándole al propio tiempo un beso sonorísimo.

—¿Te agrada la respuesta?—supe decirle. Afirmó con la cabeza y me devolvió la caricia. Entonces, una ola de placer estremeció mi cuerpo. Nunca había yo soñado tanta dicha.

. . . . . .

Desde aquel día, siempre que veo al señor Rodríguez, con su aspecto de dignidad grave y seria, me sonrío levemente.

ABELARDO DELGADO



Lo mismo puede decirse
que está esperando á su amor,
como que está haciendo tiempo
para ver la procesión.

Chispas

El corredor Magallón,
comerciante en vinos tintos,
fuése el pobre á la estación
á despedir á los quintos.
Y llorando el muy patán
exclamába compungido:
—Yo me afecto si despido
á los *quintos* que se van.—
Al oirlo, le hizo coro
su amigote Pedro Martos,
diciendo: —También yo lloro
porque se marchan mis *cuartos*.

—

No temo las tempestades,
ni el horrísino estridor
del trueno cuando retumba,
ni del rayo su fulgor.
Sólo temo en este mundo
y me da un miedo cerval,
cuando se enfada mi suegra,
que es más fiera que el chacal.

R. H. M.

Tiples de zarzuela

TEATRO GRANVIA



Consuelo Taberner

Tiples de zarzuela

TEATRO GRANVIA



Adela Taberner



La fruta prohibida

DEBE ser cosa corriente, por más que no tiene razón de ser, que el estado civil de perfecto casado traiga consigo uncido uno morboso, cuya patogenia sería difícil reseñar. Hombres avezados y reputados de talentosos cuando solteros, llegan al tálamo y, apenas comenzado el cuarto creciente de la almibarada luna, sus facultades mentales se atrofían y la perspicacia é intuición pasan á la categoría de lo utópico ó inverosímil.

Galanteadores irresistibles, hombres curtidos en las lides amorosas, que pasaron sus juveniles años en el ejercicio de la profesión, llegan, por obra y gracia de la sagrada coyunda, á convertirse en los seres más inofensivos del mundo zoológico: sólo así se comprende que, cuando á la carísima mitad del elegido se le antoja refocilarse, soplando una canita al aire, con alguna expansión extraconyugal, mientras el que pudo ser secreto corre de boca en boca como reguero de pólvora, el interesado, encastillado en su olímpica confianza, sea el último en apercibirse, cuando no es que deje este valle de lágrimas sin llegar á ver su honra cuarteada.

¿Qué extraño, pues, que al veterano don Modesto, coco de maridos y sugestiva pesadilla de casadas, en su edad de oro, le ocurriese lo que á la generalidad de sus congéneres? Casado con Luisita hacía poco más de tres años, el matrimonio se deslizaba plácidamente, sin que el más pequeño cirrus llegara á cruzar el celeste dosel de su dicha; y no fueron pocas las veces en que la pletórica felicidad que disfrutaba le hizo dudar á don Modesto hasta de sus propios triunfos galantes: tal fenómeno llegó á operar en su ánimo, en favor del sexo en general, la ciega confianza que en su mujercita tenía depositada.

La paz octaviana de que disfrutaban nuestros cónyuges hubo de originar más de una controversia entre los diferentes matrimonios que los favorecían con su amistad; por cierto que las tales murmuraciones no reconocían otro fundamento que las conjeturas derivadas de la diferencia de edades; y ¡cosa rara! la parte femenina precisamente solía ser la que con más encarnizamiento defendía la hipótesis de infidelidad conyugal por parte de ella; fenómeno psicológico del que maridos despabilados hubieran deducido desconsoladoras consecuencias.

Verdad que don Modesto lindaba ya en los cincuenta y no tenía sobrados motivos de reconocimiento para con la naturaleza, algo esquiva y no poco tacaña con su persona en lo que á la parte estética se refiere; cierto también que Luisita, nacida en año bisiesto, apenas si contaba cinco de éstos, y que sus líneas gráciles y un tanto provocativas hacían sospechar



¿Les resulta á ustedes bien?
¿Que sí? Pues á mí también.

un temperamento apasionado, venero de deseos insaciables; pero no era menos cierto que ella se mostraba satisfecha de su marido, y que nadie en verdad podía jactarse de haber merecido sus favores.

. . . . . .

El embarazo de Luisita seguía su curso normal: lo que la Naturaleza tuvo el capricho de negar á los esposos durante los tres primeros años de matrimonio, creyó conveniente concedérselo después.

—¡No quiero que comas moras!—solía decirle don Modesto á su esposa cada vez que la veía despachando algún plato del sazonado fruto.—¡Mira, chiquita, que te harán daño y pueden perjudicar á lo que tanto tiempo nos ha costado!

Pero ella, dominada por la costumbre y cediendo á los antojos propios de su estado, aprovechaba los menores descuidos para entregarse á su golosina favorita.

Ni amenazas, ni prohibiciones á los criados para que no entrara una mora en su casa, bastaron á estirpar lo que don Modesto creía poco menos que un abortivo, porque Luisita, firme en su empeño, encargaba la compra clandestinamente al limpiabotas: un negrito emigrado de Cuba que todos los días llegaba á la casa con objeto de asear el calzado de la familia y de quién ni por sonación podía sospechar.



Uno.—Yo me la llevaba.
Otro.—Yo me la comía.
Un tercero.—Me la como.
Ella.—Yo me... lancolía.

Como todo llega en este mundo, llegaron los sudores, los ayes y, por último, el que había de ser primogénito, muy robusto, muy mono y... con un pelito rizado, muy rizado, y una epidermis como el cordobán.

Cuando Luisita pudo ver al recién llegado, sufrió un desmayo, y otro tanto estuvo á punto de ocurrirle á don Modesto; pero bien pronto recobró su aplomo, sin duda al chispazo de alguna idea luminosa, porque dándose palmaditas en la frente y midiendo á grandes pasos la habitación, repetía á media voz:

—¡Dichosas moritas!...

EMILIO DÍAZ CORONA

A cierto seminarista ordenando, que tenía el vicio de contestar con un *distinguo*, pegase ó no pegase, quiso el obispo ponerle en apuros en el examen, y le preguntó:

—¿Se puede bautizar con caldo del puchero?

—*Distinguo*, ilustrísimo señor.

—¡Cómo *distinguo!*

—Sí; con el caldo del puchero de vuestra señoría ilustrísima no se puede bautizar, pero con el que nos dan en el Seminario sí se puede...



Los caprichos de Elena

Es Elena, una de las mujeres más caprichosas y excéntricas que existen. Sus originales caprichos la han rodeado de fama singular, y son tantas las anécdotas que se cuentan, que bastarían por sí solas para cimentar la fama de que va precedida su larga carrera de cortesana.

La última aventura es de lo más original y extravagante (valga la palabra) que ha realizado la *voluptuosa y si se quiere altruista* Elena.

Fué el caso que una mañana y como costumbre peculiar en ella, mandó enganchar el magnífico landó, regalo de un viejo verde á quien desplumó en dos meses escasos de la cuantiosa fortuna que aquél poseía. La famosa hetera vistióse con vaporoso y sencillo traje de mañana, y ordenó al cochero saliera por las afueras de la población, lejos del bullicio de la capital, para respirar el oxígeno puro del campo, y extasiarse sintiendo las emanaciones embriagadoras de las vistosas flores que esmaltaban la tierra con sus pétalos de cambiantes colores. En la ladera de una senda por donde pasaba el carruaje, se adelantó un hombre, joven aún, pues no sumaba más de veinticinco años de edad, y que, á juzgar por su raído traje, debía ser un pordiosero; al llegar cerca la dama se quitó respetuosamente la grosera gorra y con voz fuerte y varonil, le dijo:

—Señora, soy un pobre sin trabajo y me veo obligado á implorar la mendicidad; de su buen *corazón confío un socorro.*

Elena, impresionable como ella sola, contempló fijamente al mendigo, adivinó en su complextura robusta un temperamento ardiente... y vislumbrando en perspectiva una nueva y singular aventura, le contestó con suave voz y mirándole con ojos golosos:

—Siento, buen hombre, no poder socorrerle en este momento, pero si no tiene compromiso y quiere pasar esta tarde por mi hotel, le socorreré espléndidamente y le proporcionaré un grato *trabajo.*

Al mismo tiempo le alargó con su enguantada mano una perfumada tarjeta. El mendigo la cogió, y mientras estaba dándole vueltas entre sus manos, el carruaje se alejaba á trote largo, tirado por los briosos caballos. Cuando desapareció de su vista y ya más sereno de aquel singular encuentro, leyó ensimismado las señas del hotel de la *cocote,* sacando en conclusión de todo lo sucedido, el natural deseo de socorrerle aquella filántropa mujer. A la tarde, á la hora señalada, ya *se encontraba frente al hotel, subió la regia escalera de mármol y llamó con el timbre á la puerta* principal que se abrió como por encanto. Una doncella alegre y vivaracha como una ardilla le cogió de la mano, y le atrajo hacia una habitación adornada con el más estético lujo. El pobre chico no salía de su asombro, y ni sabía si estaba soñando ó despierto. Dos golpecitos dados en sus mejillas le sacaron del éxtasis que estaba sumido. Volvió la cabeza rápidamente y allí, á su lado, cubierta solamente con tenue bata en la que se transparentaban sus formas esculturales, estaba Elena, la dama de aquella mañana, provocativa, insinuante como la diosa de la lujuria. Sin atreverse á despegar los labios la miró con ojos atónitos, y como aunque pobre y mísero era de carne y huesos como todos los mortales, á la contemplación de aquellos encantos mal velados *sintió correr por todo su cuerpo un afán loco de besar aquellas carnes palpitantes...* Nada corto y con muy buena intuición de lo que se le quería, cogió las manos de Elena y las cubrió de ardientes besos. Acabado aquel *dúo de amor y mientras estaban jugueteando ambos interlocutores, la voz de la* doncella anunció que el riquísimo banquero B. deseaba ver á Elena. Esta, con voz entrecortada contestó que no estaba visible para nadie en toda aquella tarde. Después se dirigió á un *secreter,* sacó de un cajoncito unos cuantos billetes de Banco y entregándolos al mendigo, le dijo:

—Aquí está el premio de su *trabajo.* Puede usted marcharse y no piense que se repita la escena de hoy. Queda usted despedido para siempre.

Aquel hombre se fué acariciando los billetes, y pensando si había tenido que habérselas con una loca hermosísima que pagaba con tan buena moneda los favores que recibía.

R. HOMEDES MUNDO



Aunque él la ayuda á vestirse
y los dos están solitos,

no tiene nada de extraño;
al fin y al cabo, son primos.

BIBLIOTECA NACIONAL

CANTARES

Doblando están las campanas
por ese *niño que ha muerto.*
¡Qué envidia le tengo al alma
del niño, que sube al cielo!

=

Contigo me está pasando
lo que á todos con el sol;
pues sin sol se mueren todos
y sin ti me muero yo.

=

Con la *expresión de su cara*
engaña á muchas personas;
con ella dice: «*Te* quiero»,
y á nadie quiere hasta ahora.

=

Que es muy mala dicen todos,
y yo siempre á todos digo
que es, decirme que es muy mala,
machacar en hierro frío.

=

No juzgues sus sentimientos
por la expresión de su cara;
hay casas feas por dentro
con muy bonitas fachadas.

=

No creas, aunque lo afirmen,
que yo te olvido por otra;
el corcho que en agua cae,
constante en el agua flota.

=

No digas que protegido
soy siempre por la fortuna,
que los mayores tormentos
de mí no se alejan nunca.

=

No pienses en mí, que un día
te quise con toda el alma,
y por tu culpa, después
bien sabes que yo te odiaba.
Jamás me pidas perdón,
que no lo has de conseguir.
¡Vete á engañar á cualquiera
que ponga su amor en ti!

=

No digas que en ti yo pienso
por ser tuyo mi cariño,
ni que tú *pienses en mí*
porque tu querer es mío.
En un camino, distantes
se vieron nuestros suspiros,
y por no encontrarse cerca
se dejaron el camino.

=

Que más que nadie te quiero.
bien comprendes, bien comprendes,
y por pobre *me desprecias*...
¡Vaya un corazón que tienes!

=

Pasa con muchas mujeres
lo que con muchas monedas;
tan falsas son, que no hay quien
las pueda tomar por buenas.

=

Yo mandé para mi cuerpo
abrir un hoyo en la *tierra*;
bien sabido tengo yo
que me moriré de pena
si desprecia mi pasión.

=

Cuando mi amante moría
lloraba bastante gente.
Porque llorar no podía,
yo no lloraba su muerte,
que más que nadie *sentía*.

EMILIO PÉREZ EGEA



Galería de bellezas: (8.ª de la serie)

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que ya hemos terminado la reimpresión del magnífico

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Los señores corresponsales á quienes no hemos podido complacer sirviéndoles la segunda remesa, pueden desde luego indicar el número de ejemplares que le hemos de remitir.

A pesar de los gastos que nos ha obligado á hacer la reimpresión del

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

no hemos querido omitir detalle alguno para que esta SEGUNDA EDICIÓN resulte á la altura de la primera.

Precio una peseta

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

DE

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL-EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (*Continuación de ¡Viva España!*) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda *edición corregida y aumentada*—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, *por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda* edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, *por Leandro García Merino.—Forma* esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.°, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.

El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La *Orfandad por Herencia.*
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos po las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 id.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 id.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 id.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 id).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 id.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-*boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El* precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. Román Gil, Provenza, 266, bajos.-BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.